

cierra cabellos de la Virgen, un pedazo de la verdadera cruz, y la tercera su retrato pintado por san Lúcas..... — ¿Con que san Lúcas era pintor, he? — Si que lo era; como que retrató al emperador. — ¿Y cómo lo retrató? ¿al daguerrotipo? — ¡Oh! vos os burláis, pero no por eso es ménos cierto. Y os he de enseñar además la cabeza y un brazo del mismo Carlo-Magno, y aun el cuerno de caza del emperador. — ¿Con qué hasta cuernos tenéis por reliquias? — Ahora os burláis, pero venid conmigo, y os enseñaré aun mas de las que he enumerado. Me parece que os he dicho que cuesta siete francos. — Y yo tambien le he dicho á Vd. que mas que cueste setenta: ¡haya cosa! — Bien, si os empeñáis en darme setenta, no me opondré á ello. — Parece Vd. bobo y no lo es, señor peluca; tome, tome Vd. ocho francos, vuélvame Vd. uno, y vamos andando, que basta de conversacion. »

Procedimos pues á la revista del relicario; el ciudadano Pincerna tocaba, empuñaba, manoseaba las santas reliquias ni mas ni ménos que pudiera manosear un bodigo en la mesa de su casa. Nosotros, por si eran ó no verdaderas, fuimos imprimiendo un ósculo en cada una muy devotamente, de lo cual mostraba cierta extrañeza el bedel, como quien no estaba acostumbrado á ver en otros curiosos tan religiosas demostraciones. — Y bien, le pregunté yo; ¿no podréis decirme cómo ha venido aquí tan rico tesoro de reliquias? — Unas, me respondió, le fueron enviadas al emperador por Juan, Patriarca de Jerusalem; otras, le fueron regaladas por Aaron, rey de Persia; otras le vinieron de Constantinopla, y otras en fin, dé los Santos Lugares.

« Hasta ahora, señores (continuó), vos no habéis visto mas que las pequeñas reliquias. — ¿Cómo es eso? ¿hay otras reliquias mas grandes? — Ciertamente. — ¿Y por qué no nos las ha enseñado Vd., señor sacristan, ó racionero, ó lo que Vd. sea? ¿Ó espera Vd. que le demos otros catorce francos por ver las grandes? — Perdon, señores, las grandes reliquias no se enseñan sino cada siete años: en el intermedio no se pueden manifestar sino á los reyes y testas coronadas. — Pues bien, aquí hay una testa coronada (y señalaba Tirabeque á mí). — Perdon mil veces; yo no sabía que este caballero fuera algun príncipe. — Príncipe no es, no señor; pero aunque ahora trae la testa sin corona, allá en España miéntras estuvo en el claustro, pocas coronas habia mas grandes que la suya. — Segun eso, Monsieur ha sido monje. — Fraile, fraile. — Es igual para mí. Pues sabed que yo os enseñaría de buena gana las grandes reliquias por los catorce francos que

habéis dicho, aunque es verdad que nos está prohibido; pero es lo peor de todo que no tengo yo las llaves: ¡son tan desconfiados estos canónigos! — ¿Qué tal, mi amo? me dijo Tirabeque en español: ¿se explica, se explica el hermano reliquero, he?

— Al ménos, le dije yo, nos podréis decir en qué consisten las grandes reliquias.

— Ah, sí, yo lo haré de buen grado. Las grandes reliquias son las siguientes: el vestido que tenia puesto la Virgen cuando nació el niño Dios; las mantillas que envolvieron al Salvador en la cuna; el paño sobre que fué decapitado el Bautista; y el lienzo que ciñó al Redentor en la cruz. Cada una de estas reliquias está empaquetada en una pieza de seda. ¡Cuánto siento no tener las llaves para enseñáros las!

En fin, visto lo que podíamos ver, é informados de lo invisible, nos despedimos atentamente del pertiguero, y salimos muy complacidos de la visita al famoso relicario de *Aix-la-Chapelle* (1).

Treinta y siete emperadores y dos célebres paces.

« Ahora, señores, (nos dijo el *domestique* al salir de la catedral), voy á tener el honor de llevaros donde ántes os dije, al palacio municipal. Os habéis de alegrar mucho de ver la casa de villa, porque ella encierra grandes recuerdos, y mas para los españoles: ¡oh, los españoles! ¿Sabéis que me acuerdo yo mucho de los españoles? ¡Sevilla, Sevilla! En Sevilla estuve yo en el año de 1812: buenos olivos; ¡oh! sí, buenos olivos; y mucho buen vino tambien. — Tambien, sí señor, pero dígamelo Vd. andando, que no estamos para perder tiempo. — ¡Caramba! los españoles sois Vds. muy vivos. — No, que tendremos la flema de los alemanes, y seremos tan pelmazos como Vd. »

Llegámos á la gran plaza donde está la casa de ayuntamiento, alta de tres pisos, imponente y severa en su exterior, decorada con las viejas águilas prusianas, y flanqueada de dos torres, la llamada del *Mercado*, y la nombrada de *Granus*, el romano. Desde la escalera empezaron á presentárenos recuerdos españoles. En un gran cuadro estaba representado Carlos IV (no de Borbon) dando los privilegios á los magistrados de la ciudad, todos vestidos

(1) Lo mismo con corta diferencia parece que le pasó á Dumas en la catedral de *Aix-la-Chapelle*. — *Excursions sur les Bords du Rhin*, tom. 2.

á la antigua española. Subimos al primer piso : un portero nos franqueó la *sala de los emperadores*.

« Aquí tenéis, señores, la sala en que fueron coronados Luis el Bueno, Carlos V y otros 35 emperadores y reyes. Ella era mas grande, pero el Consejo municipal la ha dividido en dos. Aquí era donde se recibia á los emperadores el juramento sentados en el sillón de Carlo-Magno, ceñidos con su espada, y teniendo delante los huesos de San Estéban y el libro de los Evangelios del mismo Carlo-Magno. Y aun despues que se introdujo por costumbre coronarlos en Francfort, no se podia hacer la ceremonia sin que prestaran su consentimiento los habitantes de *Aix-la-Chapelle*, y sin que se enviara de aquí la espada y el cinturon, y el libro de los Evangelios encontrados en la tumba de Carlo-Magno. — Muy bien, *señor Ricken*, muy bien; esto es muy histórico y muy venerable. Y estas pinturas al fresco de al rededor ¿qué significan? — Esas son de historia romana : ved, en todas ellas se lee : « *victus, sed invictus*. » Aquellos son los retratos de Napoleon y Josefina. — Sí, estos ya los conozco.

« ¿Y este cuadro histórico, donde se ve un personaje vestido á la española? — ¡Oh, señores! Ese es el cuadro que representa la *primera paz de Aix-la-Chapelle* entre Francia y España, que se celebró aquí en este salon en que estamos : ese es el embajador español que asistió al congreso. — ¿No me diréis en qué año? — En el 1668. — Basta, basta, ya estoy. — ¿Qué *paz* fué esa, mi amo? Porque yo estoy un poco atrasado en estos puntos de historia. — Te lo diré, Pelegrin.

» Las victorias y conquistas que Luis XIV de Francia habia logrado los años anteriores sobre los Países-Bajos tenian alarmada la Europa, y hacian temer el excesivo engrandecimiento de la casa de Borbon. En este estado se acordó en 1668 celebrar un congreso en *Aix-la-Chapelle* para contener los progresos de la Francia en su guerra contra España, al cual asistieron plenipotenciarios holandeses, ingleses, suecos y españoles. Acordóse en él que la Flándes se dividiria en dos partes, una para la España y otra para la Francia, contándose entre las plazas de esta, Lila, Tournay y Oudenarde, y restituyéndose á la España el Franco-Condado. Todos se conformaron con la *paz de Aix-la-Chapelle*, si bien Luis XIV la firmó de mala gana, jurando en sus adentros vengarse de los holandeses en ocasion oportuna. »

« Señor, de ese modo es muy fácil celebrar *paces*; diciendo : « vaya, partan Vds. por mitad lo que hay y llévense cada uno su

parte, » es natural que se conformen los que se lo disputan. — No siempre, Pelegrin ; eso consiste en las fuerzas y en la ambicion de cada contendiente. — Pues aun fué mas célebre la *segunda paz* que se celebró en este salon, añadió *Ricken*. — ¿Pero juega en ella para algo la España? le preguntó Pelegrin. — Y mucho, señor. La *segunda paz de Aix-la-Chapelle* fué la que puso término á la sangrienta guerra de la sucesion austriaca en 1748. — Señor, lléveme el diablo si yo entiendo tantas guerras y tantas paces, que yo creia que una paz bastaba para concluirse una guerra, y luego me encuentro con otra paz, lo cual debe ser señal de que habia guerra otra vez, y llevo en la cabeza un baturrillo de guerras y de paces que me dejo ahorcar si yo le entiendo (1). »

(1) Á propósito y atencion á la notilla. Para que se vea si trae fecha larga el decidido afan y empeño de disputarse nuestros muy caros y muy amados aliados y amigos los ingleses y los franceses la preponderancia, influencia y ascendiente sobre su muy querida España, oigan Vds., hermanos mios, lo que nos cuenta el historiador Mariana por consecuencia de la *segunda paz de Aix-la-Chapelle*.

« De esta manera (dice el historiador) terminó la sangrienta guerra de la sucesion austriaca, llamada por algunos guerra pragmática, porque tuvo su origen de la pragmática sancion promulgada por el emperador Carlos VI. — Fernando VI, y su ministro Carvajal eran desafectos á la Francia por el *aire de superioridad con que procuraba siempre presentarse como tutora de la España*, y ademas porque los franceses procuraron por medio de sus diplomáticos agriar al rey de España con el duque de Parma y el rey de Nápoles : así que las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca frances conociendo que debia captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenia en Madrid, pero no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movia una especie de *lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiria preponderancia en Madrid*, etc. etc....

» El afan (dice en otra parte del mismo capítulo) con que procuraban los ingleses y franceses atraer á su partido á la España, tenia una causa : tal era la querella en que andaban desavenidos aquellos, á punto de declararse la guerra. Interesábales por tanto tener un aliado poderoso por mar, y la Francia hizo el último esfuerzo para conseguir su objeto. Envió á Madrid de embajador al duque Duras, hombre de mérito personal, y diplomático distinguido. Pero tenia que luchar con el embajador inglés que era mas hábil que él; y de esta suerte, entre dos grandes potencias que solicitaban su amistad, *pudo la España continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna*. » MARIANA, tomo 9, libro 6, capítulo 1º.

¿Se parece algo la situacion de la España de entónces á la de ahora, ó no? ; Y dirán los actuales ministros que no pueden ménos de decidirse por la Inglaterra ó por la Francia! ¿Cómo pudo la España de entónces *continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna*? ; Por qué no ha de poder ahora lo mismo? ; Ó son inútiles las lecciones de la historia?

Extraordinario placer gozaba yo, Fr. Gerundio, cada vez que me veía en tan célebres lugares, y mas cuando estaban enlazados con recuerdos españoles. Llevárame de buena gana horas y dias en cada uno de ellos, si el tiempo no me aguijara para consagrarlo á otros sitios y otras observaciones, y si la estacion no me intimara tambien apremiantes órdenes de retirada.

Salímos pues de la casa de ayuntamiento de *Aix-la-Chapelle*, y encaminámos nuestros pasos hácia otra parte.

Agujas y alfileres.

Aunque en várias de las ciudades de Alemania que habíamos visitado habia tambien fábricas de *agujas y alfileres*, en unas partes no se permitia la entrada á los extranjeros, en otras era necesaria una recomendacion particular, y si lográbamos ver alguna, era con tal rapidez y precipitacion, que no habíamos podido formar una idea de las múltiples y menudas operaciones de la fabricacion de este artefacto. En *Aix-la-Chapelle* tuvimos la fortuna de dar con un fabricante tan atento, amable y obsequioso, que á nuestra presentacion no solamente nos franqueó desde luego su establecimiento, sino que encargó á un hijo suyo (perfecto trasunto de su padre en la amabilidad) que nos acompañara en la visita, y nos hiciera una especial y detenida explicacion de todas las operaciones, y de cuanto sobre ellas dudáramos ó preguntarle quisiéramos.

Nunca acabaré de sentir bastante el que precisamentese me haya traspapelado el billete ó *adresse* que tuvo la bondad de darme el dueño de la fábrica con las señas de su nombre y las circunstancias de su establecimiento, y que mi memoria me sea tan infiel que no pueda acordarme de ello por mas que lo procuro; y lo siento no por otra cosa sino por no poder darle *nominatim* un testimonio público de mi agradecimiento á su obsequiosidad. Pero súplalo la buena intencion.

Una fábrica de *agujas y alfileres* no es ciertamente un bello establecimiento: al contrario, tiene que ser por precision mas sucio que limpio, y mas feo que vistoso: el humo del vapor, el olorillo del carbon de piedra, el serrin del acero, el aceite que entra por mucho en las operaciones, y muchas otras sustancias no nada limpias, le dan un aspecto en verdad bien poco poético y agradable: y los rostros de los operarios, con sus negros y prosaicos tiznones, respiran el clasicismo artístico en toda su fuerza

y vigor. De 600 á 800 calculo yo los empleados que habria en la fábrica de *Aix-la-Chapelle*, la parte muchachos de ambos sexos de siete á catorce años, distribuidos en porcion de departamentos, porque el edificio es vastísimo.

Ya supondrá el lector la letania de preguntas con que abrumaria mi buen Tirabeque al amable jóven nuestro acompañante: le importunaba, le molia, le hostigaba; él sin embargo contestaba á todo con una paciencia y una dulzura admirables; mas como para hacer la explicacion tenia que emplear voces técnicas, quedábase el pobre Tirabeque en ayunas de la mayor parte, y acudía á mí en solicitud de esplanacion. « Por lo que yo observo, mi amo Fr. Gerundio (añadia), en esta fábrica hay muchos brazos de mas, pues veo una porcion de muchachos ocupados nada mas que en abrir ojos á las agujas, sin que hagan otra cosa, y tengo para mí que si á cada uno se le mandara hacer una aguja ó un alfiler completo (que por eso no se descriarian), con la mitad de la gente se podrian hacer al cabo del dia mas agujas que hará todo este regimiento de muchachos con el sistema que siguen. — No extrañes, Pelegrin (le dije), que me ria de tu simpleza: cabalmente el gran mérito de la fabricacion de este género de artefacto, está en la oportuna y bien combinada distribucion de los trabajos. Precisamente las fábricas de agujas y alfileres son las que se citan como el modelo admirable de los prodigiosos resultados del trabajo bien distribuido. — Así será, señor, pero yo confieso humildemente que la tal manera de hacer agujas excede á mis alcances. »

Voy á ver si acierto yo, Fr. Gerundio, á dar una idea de las muchísimas operaciones que lleva una aguja desde que empieza á elaborarse hasta que la vemos en estado de coser, para que vean mis muy caras y muy amadas hermanitas las señoras españolas, cuántas vueltas lleva ese pequeñito y menudo instrumento primero que se logra ponerle en disposicion de entregarle á ser manejado por su delicadísima mano (que tal quiero suponerla). No sé si tendré bien presentes todas las operaciones, y la explicacion que sobre ellas me dió mi jóven catedrático de *Aix-la-Chapelle*.

Suponed, hermanas mias, un trozo de acero de Inglaterra, de Hungría ó de Alemania. Este trozo de acero hay que dividirle en barritas, lo cual se ejecuta por medio del fuego y del martinete. En seguida se redondea y estira con el martillo hasta hacerle filamentos del grueso conveniente. Estos filamentos ó alambres se adelgazan pasándolos por una plancha de metal agujereada, em-